

CAPÍTULO XIX

Regreso de Filipo. – Dorimaco, pretor de los etolios, tala el Epiro. – Vuelve Filipo a Corinto, derrota a Eurípidas en el monte Apeaurio y pasa a Psófide. – Fortaleza de esta plaza.

Ocupaban la atención de Filipo estos proyectos, cuando le llegó de Macedonia un correo con la noticia de que los dardanios, recelosos no maquinase alguna expedición contra el Peloponeso, levantaban tropas y hacían grandes aparatos, resueltos a invadir Macedonia. Estas nuevas le pusieron en la precisión de acudir cuanto antes a su reino. Despachó los embajadores aqueos, dándoles por respuesta que, arreglados que fuesen los asuntos de Macedonia, su principal empeño sería socorrerlos en lo posible. Efectivamente, levantó el campo y regresó con diligencia por el mismo camino que había traído. Cuando estaba para atravesar el golfo Ambracio desde la Acarnania al Epiro, llegó en un solo barco Demetrio de Faros, a quien los romanos habían arrojado de Iliria, como hemos indicado anteriormente. Filipo le recibió con humanidad, le ordenó marchase a Corinto y desde allí fuese por Tesalia a Macedonia. Él mientras, atravesando el Epiro, prosiguió adelante sin detenerse. Al primer aviso que tuvieron los dardanios por los desertores tracios, de que Filipo había llegado a Pella, ciudad de Macedonia, aterrados con su llegada, deshicieron el ejército que ya estaba para entrar en este reino. El rey, informado de su arrepentimiento, licenció todos los macedonios para la recolección de frutos, y mientras, marchó a Tesalia, para pasar en Larisa el resto del verano.

Por este tiempo entró triunfante en Roma Paulo Emilio de regreso de Iliria. Aníbal, tomada Sagunto a viva fuerza, distribuyó sus tropas en cuarteles de invierno. Los romanos, con la nueva de la toma de Sagunto, enviaron embajadores a Cartago para pedir la entrega de Aníbal, y al mismo tiempo se dispusieron para la guerra, nombrando cónsules a Publio Cornelio y Tiberio Sempronio. De esto hemos hecho ya especial mención en el libro precedente. Ahora sólo lo apuntamos, como prometimos al principio, para refrescar la memoria y advertir los hechos contemporáneos. Aquí termina el primer año de la olimpiada ciento cuarenta.

Llegado el tiempo de las elecciones, los etolios nombraron por pretor a Dorímaco. Apenas tomó éste el mando (año -219), cuando, puesto sobre las armas todo el pueblo, atacó la parte superior del Epiro, y taló sus campos con más furor que el que hasta entonces se había visto. No le impelía a esto tanto su propio interés, cuanto el hacer daño a los epirotas. Una vez hubo llegado al templo de Dodona, quemó sus pórticos, profanó sus ornamentos y aun destruyó el mismo templo; ya que entre estas gentes ni se conocen las leyes de la paz ni las de la guerra, sino que en uno y otro tiempo ejecutan cuanto les dicta su capricho, sin respeto al derecho público y de gentes. Después de estos y otros parecidos atentados, tornó a su patria.

Duraba aún el invierno, y nadie esperaba que Filipo llegase por la estación, cuando este príncipe salió a campaña desde Larisa, con un ejército compuesto de tres mil hombres armados de escudos de bronce, dos mil rodeleros, trescientos cretenses y cuatrocientos caballos de su guardia. Pasó de Tesalia a Eubea, desde aquí a Cinos, y cruzando por la Beocia y Megáride, llegó a Corinto a finales de invierno. Su marcha fue tan rápida y secreta, que ni aun se sospechó en el Peloponeso. Ordenó cerrar las puertas de Corinto, apostó centinelas por los caminos, y al día siguiente, haciendo venir de Sición al viejo Arato, escribió al pretor de los aqueos y a las ciudades, señalándoles día y lugar donde habían de tener las tropas sobre las armas. Dadas estas disposiciones, levantó el campo y fue a sentar sus reales en torno a Dióscuros en Fliunte.

En este mismo tiempo Eurípidas, acompañado de dos cohortes de eleos, de los piratas y mercenarios, todos en número de dos mil doscientos infantes y cien caballos, salió de Psófide, y sin noticia alguna de las operaciones de Filipo, marchaba por Feneo y Estinfalia, con el propósito de talar el país de los sicionios. La noche misma que acampó Filipo alrededor de Dióscuros, pasó él por delante del campamento, y hubiera entrado sin duda al amanecer en el país de los sicionios; pero felizmente unos cretenses del ejército de Filipo, que habían abandonado sus líneas y andaban buscando forraje, se encontraron con los de Eurípidas. Éste, luego que supo con certeza la proximidad del enemigo, sin revelar a nadie la noticia, dio la vuelta con el ejército, y regresó por el mismo camino en que había venido. Quería y aun esperaba tomar la delantera a los macedonios y, cruzando Estinfalia, ocupar los desfiladeros que dominan el camino. El rey, sin noticia alguna de los enemigos, levantó el campo al amanecer como tenía dispuesto, y emprendió la marcha, con ánimo de pasar por la misma ciudad de Estinfalia en dirección a Cafias, donde tenía prevenido a los aqueos se uniesen con sus armas.

Ya tocaba la vanguardia macedonia con la falda del monte Apelauro, situado a diez estadios de Estinfalia, cuando al mismo tiempo llegó a la cima la primera lí-

nea de los eleos. Eurípidas, que por las noticias supo lo que ocurría, seguido de algunos caballeros evitó el peligro que le amenazaba y se retiró a Psófide por caminos extraviados. Los demás eleos, vendidos por su jefe y atemorizados con tal accidente, hicieron alto sin saber qué hacerse, ni qué partido tomar. Sus oficiales creyeron al principio ser un cuerpo de aqueos que venía al socorro. Los armados con escudos de bronce eran los que principalmente motivaron este engaño. Creían ser megalopolitanos, por haber usado éstos de semejantes escudos en la batalla de Selasia contra Cleómenes, armamento que les había dado el rey Antigono para esta jornada. Y así, sin perder el orden, se retiraron a ciertos collados próximos, con la esperanza aún de salvarse. Pero apenas estuvo cerca la primera línea de los macedonios, comprendieron lo que realmente era el caso y, arrojando todos las armas, emprendieron la huida. Se hicieron mil doscientos prisioneros, y el resto o perdió la vida a manos del enemigo, o en aquellos despeñaderos. Sólo cien se salvaron. Filipo envió los despojos y los prisioneros a Corinto y prosiguió adelante.

Este suceso sorprendió tanto más a todos los peloponesios, cuanto que a un mismo tiempo llegaba a sus oídos la llegada del rey y la victoria. Cruzó después la Arcadia, a pesar de las muchas nieves y trabajos que sufrió en las cumbres del monte Oligirto, y fue a hacer noche a Cafias al tercer día. Allí dio dos días de descanso a la tropa, y recibió a Arato el joven con los aqueos que habían venido en su compañía; de forma que todo el ejército ascendía a diez mil hombres. Prosiguió su marcha por Clitoria a Psófide, e iba recogiendo armas y escalas por todas las ciudades que pasaba. Es Psófide, en la opinión de todos, una antigua población de los arcadios en la Azanis. Su situación, respecto del Peloponeso en general, se halla en el centro; pero respecto de la misma Arcadia, se halla en aquel extremo occidental que linda con las fronteras de Acaya hacia el ocaso. Domina ventajosamente el país de los eleos, con quienes componía entonces una misma República. A los tres días de camino desde Cafias llegó Filipo a esta ciudad, sentó su campo en unos elevados collados que existían al frente, desde donde registraba sin peligro la plaza y sus contornos. El rey dudó qué partido tomar a la vista de la fortaleza del lugar. Por la parte occidental corre con precipitación un impetuoso torrente, que desprendiéndose desde lo alto forma en poco tiempo una madre muy extensa, invadeable en la mayor parte del invierno y que por todo aquel lado hace inconquistable y de difícil acceso la ciudad. Por parte oriental corre el Erimanto, grande y caudaloso río del cual se cuentan muchas fábulas. Hacia mediodía el torrente se une con el Erimanto, con lo que rodeada por tres lados la ciudad por los ríos viene a estar bien defendida. Por el lado restante del septentrión la domina un collado defendido con murallas, al cual el ingenio y el arte le han conferido veces de ciudadela. Toda la ciudad está ceñida de altos y bien construidos muros, y a más poseía a la sazón una buena guarnición que habían introducido los eleos, cuyo comandante era Eurípidas, que había escapado de la anterior derrota.